

A close-up, high-contrast photograph of a person's face, focusing on the right eye. The eye is a striking green color and is looking directly at the viewer. The lighting is dramatic, with deep shadows on the left side of the face and highlights on the right, emphasizing the texture of the skin and the intensity of the gaze. The background is dark and indistinct.

CARE SANTOS

CUANDO  
SE APAGAN  
LAS  
LUCES

edebé

CUANDO  
SE APAGAN  
LAS  
LUCES



CARE SANTOS

CUANDO  
SE APAGAN  
LAS  
LUCES

**edebé**

© Care Santos, 2024  
www.caresantos.com

© Edición: Edebé, 2024  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
edebé.com

Directora de Publicaciones Generales: Reina Duarte  
Editora de Literatura Infantil y Juvenil: Elena Valencia  
Coordinadora de Producción: Elisenda Vergés-Bo  
Diseño: Aurora Iraita  
© Fotografía de cubierta: DepositPhotos  
Maquetación: Baber comunicació, SL

Primera edición, noviembre 2024

ISBN: 978-84-683-7255-6  
Depósito legal: B. 15100-2024  
Impreso en España  
Printed in Spain

*Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Dioni Olmedo:*  
*¿Y si nos hubiéramos conocido*  
*a los dieciséis años?*



# I MÓNICA

Tú llamarás y yo te responderé.

*Job 14, 15*





# GASOLINERA

Fui la primera en verle. Una sombra encogida de frío surgiendo de la oscuridad.

—¡Qué susto me has dado! —le solté—. ¿De dónde sales?

Señaló el lavabo. Debía de tener la edad de mis alumnos. Era alto, moreno, delgado. Tenía una pequeña cicatriz en el labio superior. Llevaba una camisa de cuadros rojos y azules y unos vaqueros pasados de moda. Era como si se hubiera vestido en el armario de su padre.

El corazón me iba a mil. Era rarísimo que hubiera alguien en ese sitio y a esas horas.

La gasolinera estaba desierta, a oscuras, en mitad de ninguna parte. Era de las que cierran de noche. «Horario: de 7 a 23», decía un rótulo que bailaba al compás de las rachas de viento. Pasaban de las dos de la madrugada y nos quedaba aún más de una hora

para llegar a Madrid. Íbamos con retraso, y aquella parada nos iba a retrasar todavía más. De pronto el chófer nos dijo que estaba cansado y que necesitaba parar. Por supuesto, ni Ángeles ni yo le discutimos nada. Los estudiantes dormían. Mi compañera y yo bajamos a estirar las piernas y a inspeccionar una vieja máquina de café que parecía más muerta que nosotras.

—Yo soy Rosario —le dije al desconocido—. ¿Cómo te llamas?

—Daniel.

—Encantada, Daniel. ¿Estás solo? —Asintió con la cabeza—. ¿Me cuentas qué haces aquí a estas horas?

—Se han olvidado de mí.

Tenía un aire desvalido, triste. Como un animalito desorientado.

—¿Quiénes se han olvidado de ti?

—Los de mi clase.

—¿Estáis de viaje de fin de curso? —Asintió—. ¿Dónde está tu chaqueta? —Se encogió de hombros—. ¿Se ha quedado en el autocar? —Volvió a asentir.

De pronto vi a Ángeles haciéndome señas desde la máquina de café. Me pedía que fuera. También ella estaba encogida de frío. El viento era helado.

—Ven —le dije al chico—, a ver si podemos tomar algo caliente.

Me siguió. No parecía nervioso, ni estresado. Y mucho menos peligroso. Solo me pareció peculiar, distinto. Es decir: un poco raro. Como tantos a su edad.

Ángeles nos miró con extrañeza mientras nos acercábamos. Señaló la máquina con expresión resignada.

—Esto no funciona —dijo.

Eché un vistazo rápido. El aparato parecía desconectado. Tal vez estropeado. Era evidente que no funcionaba, aunque ningún cartel lo advertía.

—Este es Daniel —le dije a Ángeles—. El autocar donde iba con su clase se ha ido sin él.

Ángeles dejó de inspeccionar la máquina de café y preguntó:

—¿Daniel? ¿Daniel qué más?

—Daniel López Sust —dijo él.

—¿Y tú qué hacías fuera del autocar?

—Necesitaba ir al baño.

—Bueno, habrás avisado de que estás aquí, ¿no? ¿Van a venir a por ti? ¿Saben tus profesores que te has quedado atrás?

Daniel nos miró con dos ojos fijos enormes.

—¿Dónde está tu teléfono? —le preguntó Ángeles.

Daniel se encogió de hombros.

—¿Se ha quedado en el bus?

Asintió con la cabeza.

—Y claro, no te sabrás el número de nadie. Profesoras, algún compañero...

Nueva negación muda.

Ángeles soltó un suspiro y me dirigió una mirada llena de palabras que no dijo. Una mirada que significaba «Se nos acabó la calma». Lo mismo que estaba pensando yo desde que Daniel me contó lo que había pasado.

En ese momento Ángeles dio un respingo y señaló un diminuto piloto rojo que acababa de encenderse en la máquina, justo al lado de donde ponía *Cappuccino*.

—Mira, ya va —dijo, mientras buscaba las monedas que llevaba en el bolso.

Echó el dinero, pulsó el botón, la máquina emitió un quejido prolongado, como si despertara de una hibernación. Le preguntamos a Daniel si quería tomar algo, pero dijo que no le apetecía. Pocos segundos más tarde mi compañera y yo dábamos sorbitos a dos *cappuccinos* con azúcar. No era el mejor café del mundo, pero por lo menos estaba caliente. Y como si la bebida la hubiera espabilado, Ángeles dijo:

—Vale, busquemos soluciones. ¿De dónde eres?

—De Barcelona —contestó Daniel.

—¿De qué centro?

—El IES Luis Eguílaz.

—¿El Luis Eguílaz? ¿De qué me suena? ¿Está por Gracia?

—Cerca de la plaza Lesseps —puntualizó Daniel.

—Somos casi del mismo barrio, qué casualidad —dije, y le pregunté a Ángeles—: ¿Conoces a alguien del Luis Eguílaz? ¿Puedes mandarle algún mensaje?

—Es muy probable, déjame pensar —respondió.

—¿Y adónde va tu excursión? Por este camino, supongo que a Madrid, como nosotras.

—Sí.

—Debes de ser de bachillerato, ¿verdad? ¿Primero o segundo?

Pareció vacilar un momento.

—Segundo.

—Vale. ¿Por casualidad te acuerdas del nombre del hostel donde os alojáis esta noche?

Lo pregunté sabiendo la respuesta. Mis alumnos tampoco habrían sido capaces de contestarla.

—No.

—Me lo imaginaba —siguió Ángeles—. Pero sabrás los nombres de tus profesores, ¿verdad? Los que están a cargo de la excursión.

Daniel volvió a negar con la cabeza.

—¿No te acuerdas del nombre de tus profesores?

Daniel volvió a mover la cabeza a ambos lados. Parecía compungido.

—¿Y eso? ¿No son profesores tuyos, quizás? ¿Serán de otros grupos?

Daniel asintió, sin mucha convicción.

—A ver, muchacho, hay que arrancarte las palabras. ¿Puedes explicarte un poco, por favor? ¿Podrías contarnos algo más?

—Lo siento —balbuceó Daniel.

Le hice un gesto a mi compañera para que lo dejara. No era modo ni lugar de mantener una conversación.

—Vale. —Le entregué mi móvil a Daniel—. Toma, llama a tu casa y cuenta lo que ha pasado. Que sepan que estás bien, por favor.

Se quedó mirando fijamente la pantalla del teléfono.

—El número de tu casa sí lo sabrás, ¿no? —pregunté—. O los de tus padres.

Ángeles también miraba la pantalla de su móvil.

—Aquí no hay cobertura —informó, y se dirigió a Daniel—. No hace falta que lo mires tanto, no hay y ya está. —Le arrebató el móvil de las manos y me lo devolvió—. Ya habrá tiempo para llamar.

Estaba claro lo que debíamos hacer: rescatar al chico y buscar cómo llevarle con los suyos. Lo demás, ya lo iríamos resolviendo.

Yo no hacía más que pensar en los profesores al cargo de la excursión de Daniel. Perder a un alumno es lo peor que te puede pasar. Debían de estar preocupadísimos. O lo estarían en cuanto se dieran cuenta. Debíamos avisarles lo antes posible.

En ese momento apareció el chófer y nos dijo que ya se sentía mucho mejor, que podíamos reanudar la marcha cuando quisiéramos.

—Sube al autocar, Daniel, te vienes con nosotros.

—No quiero molestar —dijo.

—¿Molestar? Pero, muchacho, ¿no te vamos a dejar aquí!

Sonrió. Por primera vez desde que nos conocíamos.

—Muchas gracias —dijo.

Tenía una sonrisa bonita.

Y caminaba como un ave zancuda. Sus piernas eran largas y delgadas.

—Yo tenía una camisa como esa, de cuadros. Me encantaba —dijo Ángeles.

—¿Hace cuánto? —pregunté yo.

Nos echamos a reír con disimulo.

—En fin, un rarito —dijo mi compañera.

Nada nuevo.

